

SERMON EN LA LITURGIA DE CLAUSURA

Juan 8,30-36

Viernes, 13 de agosto de 1993

Iglesia de San Francisco, Santiago de Compostela

Queridos hermanas y hermanos:

Doy gracias a Dios por esta oportunidad de compartir con Uds. estas breves reflexiones en torno a La Palabra de Vida.

Algunos de los comentarios referentes al significado del «Camino de Santiago» (que aparecen en los folletos explicatorios de la Xunta de Galicia y que estuvieron a nuestra disposición) llamaron mi atención. Me pregunté cuántos aspectos convergentes y cuántos divergentes existían entre estos comentarios...y los que podemos hacer de nuestra propia experiencia como participantes de esta Conferencia.

Resumo esos comentarios:

- «El Camino de Santiago»: esta denominación es a la vez singular y «genérica», ya que con ella se designa una pluralidad de caminos...

- Entre los peregrinos que transitaban este camino estaban los que «hacían su peregrinación como penitentes, buscando el perdón de sus pecados, o los que pretendían la sobrenatural ayuda del Apóstol para sus empresas bélicas».

- La mayoría usaban el ropaje adecuado para el áspero viaje...fuerte calzado...mínimas pertenencias y agua para beber.

– «En el camino...solían agruparse con otros, para prestarse mutua ayuda...»

Tal vez podemos también concordar que el Camino de Santiago es para nosotros a la vez singular y générico. Confluimos en este camino desde diversas situaciones, desde diversas experiencias, contextos y realidades.

Hay quienes han transitado caminos difíciles, ásperos, arduos y riesgosos. Otros han intransitado caminos más espaciosos y confortables. Algunos venimos de contextos de desigualdades, injusticias, falta de oportunidades. Realidades de pobreza, hambre, desocupación, atropello a la dignidad humana. Otros provienen de situaciones de ausencia de libertad, violencia, exclusión, racismo, muerte. Otros aún vienen de caminos más riesgosos. Contextos donde el individualismo, el consumismo, el éxito presentado como valor supremo, o el prestigio a cualquier costo... la xenofobia impregnan la vida de cada día y confunden mentes, corazones y acciones.

Sí, tal vez también nosotros hemos experimentado esa confluencia de realidades... Ese aspecto plural y a la vez esa búsqueda del camino común, el que conduce a una meta propuesta. Y entramos en este camino común, singular, con lo que somos y tenemos, con nuestros bagajes, y el reconocimiento de nuestras debilidades. Es en el camino que descubrimos lo imprescindible y es en el camino que comienza a pesarnos lo superfluo.

Es caminando que reconocemos nuestras necesidades y la necesidad de otros (tal vez como los peregrinos de antaño movidos por el deseo de prestarnos mutua ayuda). Es en el camino que descubrimos nuestras dificultades para ajustar el paso al andar del hermano y de la hermana. Es caminando que se crea comunión, que se celebra la fe, que se comparte la vida.

Pero ¿se trata sólo de andar? ¿Se trata de *cualquier camino*?

Es interesante ver cómo Jesús se nos presenta en los evangelios como eterno caminante y a la vez se nos ofrece Él mismo como camino, verdad y vida.

En especial Lucas relata su evangelio en la perspectiva del camino de Jesús a la cruz. Su subida a Jerusalén. El cum-

plimiento de la misión redentora en obediencia a la voluntad salvadora del Padre.

Sin embargo, en ese andar se detiene ante el clamor de la persona enferma, pecadora, excluida... Los clamores de quienes han quedado al margen del camino y al margen de la historia. Y Jesús se detiene para escuchar, perdonar, sanar, restaurar, fortalecer, reconciliar. ¡Dar nueva vida! ¡Crear nuevas posibilidades, ofrecer nuevas alternativas! ¡Abrir nuevos horizontes!

No, no se trata sólo de andar... sino de transitar el camino propuesto por Jesús, con esa misma capacidad de traducir el amor en acción. Transitar este camino de obediencia en fidelidad a la Buena Nueva de Jesucristo con «un oído en el pueblo y otro en el Evangelio»; como dijera un mártir de la fe cristiana en mi patria. (Me refiero a Mons. Enrique Argelelli —católico romano— asesinado el 4 de agosto de 1976 por las fuerzas militares).

No, no se trata de cualquier camino. El camino que Jesús ofrece es el de la Verdad que libera. «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Juan 8,32).

A esa libertad no se accede por esfuerzo propio, desde nuestra arrogancia o autosuficiencia; sino desde el reconocimiento de nuestra necesidad de ser hechos libres, de ser liberados de la opresión de pecado. «Si el Hijo los hace libres, Uds. serán verdaderamente libres» (Jn 8,36). La discusión en la cual se realizan estas dos afirmaciones de Jesús, tiene que ver con la pertenencia al verdadero camino para conocer la verdad de Dios.

En el texto citado (Juan 8, 30-36) los judíos se sienten ofendidos por las palabras de Jesús ya que ellos se consideran libres, nunca han sido esclavos y por lo tanto no necesitan ser liberados. Sin embargo, aunque descendientes de Abrahán, no se conducen como el padre de la fe pues intentan eliminar a quien *dice* y *hace* la verdad (cf. Juan 8,40).

No aceptan otra verdad que la propia, y excluyen a los demás entre quienes estaba Jesús. Su gloriarse en el pasado y considerarlo como única referencia válida les impide ver en el presente lo totalmente nuevo: Dios hecho persona humana. Éste es el pecado que los ciega. Éste es el pecado que los esclaviza ¡La incapacidad de ser modificados por la Verdad re-

velada! Jesús les habla de la verdad. No la que se decreta o impone, sino de la Verdad revelada. La que transforma personas y realidades de modo tal que se convierten en testimonios vivos, reales y presentes del poder Redentor del Jesús que «nos hace libres».

Jesús habla de la Verdad que genera una genuina Libertad, la que nos permite decidir, elegir, crear, convivir, compartir y ser comunidad (comunión) porque se construye sobre un fundamento sólido: Jesús mismo-Verdad revelada.

- Libertad que desde la diversidad busca y trabaja por la Unidad, en respuesta a la oración de nuestro Señor: «Te pido que todos sean completamente unidos, que sean una sola cosa en unión con nosotros, Oh Padre, como Tú estás en mí y Yo en ti. Que estén completamente unidos para que el mundo crea que Tú me enviaste» (Jn 17,21)

- La Unidad, ese difícil camino común al cual hemos llegado desde nuestros propios caminos particulares (nuestra propia tradición, historia, cultura, experiencia, etc...), con nuestras riquezas y pobreza.

- La Unidad como camino a transitar *en comunión*, desde nuestras diferencias y coincidencias, acuerdos y desacuerdos, consensos y discensos... Sabiendo que Aquel que es el camino de Verdad y Vida es el autor de la comunión, dador de la fe, simiente de Vida plena.

Hace pocas semanas en un periódico local (en la Argentina) salió publicada una entrevista a un obispo católico romano. Cuando la periodista le preguntó si era verdad que existían dos Iglesias (y la pregunta iba dirigida a esclarecer algunas posturas o declaraciones públicas), monseñor Hesayne contestó:

«Para comprender lo que es la Iglesia, es indudable que hay que meterse dentro de ella. Yo siempre hago esta comparación: la Iglesia es como un *vitraux*. Un *vitraux* visto desde afuera normalmente es un mamarracho. Pero el *vitraux* no está hecho para verlo desde afuera, sino para mirarlo desde adentro y con una cierta luz solar. La Iglesia es un misterio. Pero como es el misterio de Dios viviendo en una comunidad de hombres y mujeres, la Iglesia tiene un aspecto de santidad y otro aspecto de pecado... Yo he tenido como principio ante la opinión pública aquello que dijo León XIII: "La Iglesia de verdad no debe temerle a la verdad"».

Más adelante afirmaba:

«La Iglesia es como un pueblo en marcha, unos van más lento, otros más rápido. Aun los obispos, los sacerdotes, las religiosas, el laicado... nos vamos haciendo con el tiempo en la medida que nos vamos convirtiendo!»

Un *vitraux*: con su multiforme y multicolor diversidad conforma una unidad y sólo puede ser vista y admirada, desde un compromiso pleno con la convocatoria de ser pueblo de Dios y podrá ser apreciada su diversidad y unidad sólo a la luz del Espíritu Santo.

Un *pueblo en marcha*: comprometido a testimoniar de aquello que Dios le ha legado, invitando a otros... a muchos... a sumarse en este camino de búsqueda de una verdadera comunión en la Fe y la Vida.

Nuestro peregrinaje no comenzó en Santiago de Compostela, ni culmina aquí. Pero éste puede ser un hito importante en los nuevos rumbos a tomar, si este tránsito juntos ha sido un verdadero espacio para descubrirnos. Si desde el amor y la verdad hemos podido descubrir algunas nuevas riquezas en los demás y hemos sido confrontados con algunas de nuestras pequeñeces.

Este camino de Santiago —genérico y singular a la vez— más que punto de llegada puede ser el punto de partida de nuevas peregrinaciones, en la continua búsqueda de esa comunión deseada y propuesta por Dios mismo. Para que la Fe sea celebrada, la Vida plenamente vivida y el Testimonio dado en Unidad de palabras y acciones.

Porque no es una propuesta humana, sino una respuesta humana a la propuesta divina es que tenemos esperanza frente al futuro y junto a hermanos y hermanas de otras latitudes podemos afirmar:

«Aunque la gravedad de la situación mundial impone una acción más coordinada, una comprensión más profunda y un compromiso más osado de los cristianos en la lucha por una vida más digna para todos... Nuestra esperanza no desfallece. Nuestra Fe se robustece. No nos gana el desánimo. Porque confiamos en el Dios de la Vida que triunfa allá donde la muerte parece definitiva.»

Que el Santo Espíritu se derrame sobre éste nuestro andar. Curando nuestras heridas, fortaleciendo nuestro cami-

nar, iluminando cada paso, acompañándonos en la concreción de una verdadera comunión, en la vida, en la fe y en el testimonio. Así sea.

Rvda. NÉLIDA RITCHIE
Pastor metodista en Argentina
Vicemoderador del Comité Central del CMI